

V. Blasco Ibáñez
Sangre y arena
(*El Imparcial* [México], 17-5-1908; *El Diario* [México], 27-5-1908)

Una semana entera ha pasado Madrid hablando de un suceso que casi ha revestido caracteres de acontecimiento nacional: la retirada del torero Antonio Fuentes.

Los diarios han dedicado sendas columnas a este suceso; los periódicos ilustrados han representado la figura del diestro, con el traje llamado de «luces» y a medio vestir, con capa y sin ella, toreando y sentado en un patio de su casa: en cafés y sociedades no se ha hablado de otra cosa: «Fuentes se va»...

Se va, luego de haber toreado centenares de corridas y dado muerte a unos dos mil toros. Abandona una profesión a la que llegó mísero y hambriento, poseyendo una fortuna de más de un millón de pesetas y un gran cortijo, de los mejores de Andalucía. Su última corrida en Madrid para despedirse del público ha sido un buen negocio. Cincuenta y cinco mil pesetas ha sacado en limpio de esta fiesta a la que asistió todo Madrid. Ganar esta cantidad en dos horas, es algo, aquí donde un catedrático cobra cuatro mil pesetas escasas por explicar todo el año, y un juez no percibe más, durante sus primeros años de administración de justicia.

¡El toreo! ¡La gran pasión nacional!... Yo no soy amigo ni enemigo de las corridas de toros. Me aburren simplemente. Cuando salen las cuadrillas, lo pintoresco de la fiesta, la hermosura del circo bajo el cielo azul radiante de sol, los incidentes del primer toro, me impresionan, como a todo el que asiste al espectáculo, por enemigo que sea de él. Al segundo toro empiezo a aburrirme. Al tercero saco un libro que a prevención me he metido en el bolsillo, o miro a la gente, pareciéndome esta observación mucho más interesante que lo que ocurre en el redondel. Los que se titulan inteligentes en el toreo, ven en las diversas suertes de la lidia una gran variedad que les entretiene y entusiasma. Para mí todo es lo mismo: una fiera que acomete y un hombre que se libra, como sabe y puede.

No me gustan los toros, por la razón de que no me divierten, pero me guardaré muy mucho de prorrumpir en las exclamaciones y sensiblerías de protesta vulgar contra el bárbaro del espectáculo. Las corridas de toros son efectivamente bárbaras, pero irrita la injusticia del filantropismo animal fijándose especialmente en España, como si solamente existiesen aquí placeres feroces. Que el pueblo que se crea limpio de pecado nos arroje la primera piedra.

El ciudadano moderno guarda en el fondo de su alma un resto de bestialidad primitiva, herencia ancestral de sus remotos abuelos prehistóricos, seres peludos, de largos brazos y pequeño cráneo, sometidos a perpetua lucha sanguinaria para vivir, en los cuales no se sabía dónde terminaba el animal y comenzaba el hombre.

Necesitamos de vez en cuando el picante de la maldad para amenizar la sosería de la existencia moderna. Nos sentimos atraídos por el rudo encanto de los espectáculos bárbaros que hacen revivir en nosotros, dormidos restos del alma de nuestros antecesores. Un poco de salvajismo, de vez en cuando, es como un baño que nos reconforta y aviva nuestra energía, endureciéndonos para seguir la lucha vital.

En todas partes se verifican corridas de caballos, y caen en ellas más *jockeys* muertos en un año, que toreros perecen en veinte. Además, el público de las grandes naciones civilizadas asiste a espectáculos tales como la lucha de los boxeadores que mata al hombre demoliéndole a piezas, o las cacerías de ratas por perros amaestrados. A más de esto, existen todas las invenciones recientes del sport con su acompañamiento de piernas rotas, cráneos quebrados, costillas hundidas, narices aplastadas, etc.

Junto a estos espectáculos, sordamente brutales, que no ofrecen siquiera la excusa de lo pintoresco, la corrida de toros, con sus reglas que constituyen un arte, su aspecto «colorista», su gracia y sus destrezas, resulta casi una fiesta griega.

Yo que gusto poco de los toros acabo de pasar una larga temporada estudiando de cerca este espectáculo y los profesionales que toman parte en él.

He terminado recientemente una novela, *Sangre y arena*, que se publicará dentro de pocos días.

Estando en casa de los Calmann-Lévy, mis editores de París, una tarde en que se hallaba presente el gran Anatolio France hablamos de España y de su vida tradicional reflejada en las novelas.

—Es extraño que no exista aún la más española de las novelas —me dijo uno de los hermanos Calmann, con ese buen golpe de vista de los extranjeros para ver las cosas fuera de su país—. La novela de las plazas de toros, la novela de la fiesta nacional que absorbe una gran parte de la energía española.

Y desde hace dos años que he venido estudiando la vida íntima y pública de los grandes toreros, sus entusiasmos y supersticiones, la organización de las ganaderías de reses bravas, y el público, el inmenso público, con sus bárbaros instintos y sus repugnantes hipocresías que le

hacen prorrumpir en lamentos después que ha empujado un hombre a la muerte.

Sangre y arena es la novela cuyos estudios preliminares me han costado mayores esfuerzos. He tenido que hacer vida común con los toreros, asimilándome su mentalidad y su lenguaje, he corrido varias dehesas de Andalucía, sufriendo ratos de miedo al verme cerca de las toradas libres; en la plaza de Madrid, mientras se celebra una corrida, estuve próximo a caer redondo en los corrales bajo la cox agónica de un caballo moribundo. Riesgos son estos que debe correr el novelista para ver las cosas con sus propios ojos y no al través de los libros.

De estos estudios directos he sacado una consecuencia como resumen de todas mis observaciones.

En las corridas de toros solo hay un ser respetable, lo que pudiéramos llamar una persona decente.

El toro.

Luego viene en orden de simpatía el torero, pobre diablo, rudo y heroico que empieza a exponer su vida por el pan y acaba arriesgándola por la gloria: una gloria especialísima, pero tan noble y legítima para él, como pueda serlo la literatura para los que escriben.

La única fiera del espectáculo, la verdadera, la temible, la bestia antipática que hace desear mil muertes para ella, no está en el redondel: se sienta cómodamente en el graderío, es el público, el monstruo cobarde de catorce mil cabezas, que insulta al torero y hasta a su madre, cuando se defiende a impulsos del instinto de conservación, y si lo ve zarandeado en la punta de los cuernos, como un pellejo roto que expele chorros de sangre, se lleva las manos a las sienes con hipócrita dolor, y lamenta el suceso haciendo responsable a la mala suerte, antes que a su perversidad.

La tauromaquia que lleva más de un siglo y medio de absorber la vida nacional, apenas ha producido libros. No existen más que un par de diccionarios del toreo, unas cuantas cuartillas del arte de la lidia y biografías sueltas de las grandes espadas. Yo he tenido que aprovecharme de tan escasos materiales aplicándolos a la historia general del país, y de este estudio he sacado una consecuencia algo extraña, mas no por esto menos cierta: el torero es un gran progreso de las costumbres españolas.

No se ría el lector: no tome esto como una paradoja. Vuelvo a repetirlo: el toreo, tal como hoy existe, representa uno de los mayores progresos de España.

Las historias de la tauromaquia, imitando en esto a todas las historias del mundo, hacen arrancar sus orígenes de una gran antigüedad. El Cid

alanceaba toros: conforme. Los caballeros cristianos y moros picaban reses bravas en el coso para regocijo de las damas: es cierto. Pero estas fiestas apenas si tenían semejanza con las corridas de toros actuales. El jinete clavaba una lanza sin regla alguna, y cuando los cuernos de la fiera lo desmontaban, echaba mano a la espada, rematando al toro con ayuda de sus lacayos, hiriéndole allí donde podía. Cuando se daba libre paso en el coso a la gente popular, la bestia era objeto de una cacería en desorden, cayendo al fin cosida a puñaladas, bajo la avalancha del número. Solo muy de tarde en tarde, se daban fiestas de esta clase: cuando se casaban los reyes, cuando se firmaba una paz, cuando se inauguraba una capilla en una catedral o se bautizaba a un santo varón.

España tenía sus asuntos en el exterior que no le dejaban tiempo para pensar en nuevas diversiones. Los hombres valerosos, los aventureros audaces, iban a las guerras de Flandes e Italia, reñían con los piratas sobre las azules ondas del Mediterráneo o se embarcaban para las Américas, ávidas siempre de hombres para su colonización. Además, existía una gran fiesta, la fiesta nacional por excelencia, que al par que servía para la salvación del alma, comunicaba al espectador el emocionante escalofrío del peligro ajeno, contemplado desde lugar seguro. La Inquisición divertía gratuitamente al pueblo con sus autos de fe, seguidos de la quema de herejes judaizantes y relapsos, vestidos con monteras y casullas de papel llenas de diablos pintados: lúgubre mascarada que se convertía en pavesas entre las llamas del santo chicharrero.

Pero a mediados del siglo XVIII, se muere la Inquisición. No la matan las leyes revolucionarias que vinieron mucho después, sino que agoniza ella sola y se muere de vieja. El mundo había cambiado: era otro ambiente; el Santo Oficio ya no se sentía con ánimos para salir a la luz del sol; ya no daba espectáculos al aire libre, para edificación y placer del pueblo: tenía vergüenza de ella misma y se contentaba con dar a los impíos unos cuantos azotes a puerta cerrada. Esta agonía coincide con el término de las empresas exteriores de España. Se acaban las guerras de Europa y los descubrimientos y colonizaciones al otro lado de los mares. España se repliega en su caparazón. Los peleadores, los aventureros, se ven sin trabajo. El mozo de Extremadura, audaz como un héroe e ignorante como un pastor, continúa sin saber leer y escribir, pero ya no encuentra camino para llegar a virrey en lejanas tierras de ensueño.

Y entonces es cuando surgen las verdaderas corridas de toros, tal como hoy existen, con sus cuadrillas de lidiadores profesionales y pagados: y entonces se inventan suertes y reglas, formándose todo un arte, y se levantan circos, y el público los invade como un oleaje de soberanía revolucionaria,

pudiendo insultar desde su asiento a la misma autoridad que le inspira terror en la calle.

El nieto del guerrero de Flandes y del conquistador de América no ve otro medio que hacerse torero para conseguir gloria y riquezas. La nueva profesión es el único túnel de salida para los bárbaros héroes, prisioneros del quietismo nacional.

Los hijos de los que asistían con una cinta verde a las quemas de seres humanos, se divierten y entusiasman contemplando la lucha entre la ciega acometividad de la fiera y la destreza del hombre. La tauromaquia sirve de válvula de escape al alma feroz y ruda de un pueblo, educado durante varios siglos por los sanguinarios sacerdotes del Baal católico.

Divertirse viendo morir a un animal, cuando se han gozado iguales emociones contemplando el achicharramiento de personas, es realmente un progreso.

Se dirá a esto que ya debía haber terminado en los presentes tiempos esta evolución de placer bárbaro. Conforme; pero que den ejemplo esos países que se arrojan el papel de primeros representantes de la civilización. No parece sino que las naciones grandes de Europa pasan su vida sin otros espectáculos que oír música y escuchar versos. Todos ellos tienen su fiesta salvaje en la que llevan los pobres animales la peor parte y muchas veces perece el hombre.

La influencia mundial de Inglaterra ha extendido sobre el globo la afición a las insípidas corridas de caballos, pretexto para el juego y la ruina, y motivo de muerte para hombres y bestias.

En esto de los placeres, entra por mucho la moda, la rutina y la importancia del pueblo que los impone.

Las corridas de todos nacieron en España demasiado tarde, cuando ya íbamos de capa caída y solo nos quedaba influencia en las colonias de América.

Si llegan a florecer en tiempos de Felipe II, a estas horas existirían plazas de toros en muchas naciones de Europa, como existe aún en Bélgica, a despecho de los grandes progresos materiales y de una vida modernísima, la religiosidad a la española que la inculcamos.

Madrid, 10 de abril de 1908